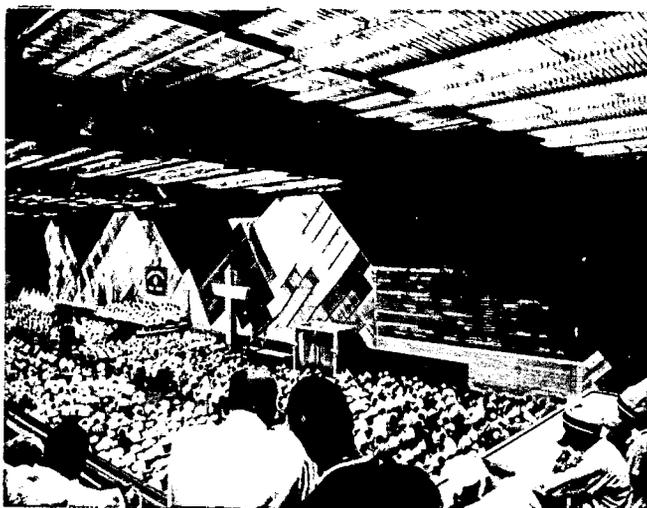




Philip Potter, Secretario General



Asamblea General, en Nairobi

PROTESTANTISMO Y LIBERACION

EDUARDO J. ORTIZ

En un país como el nuestro, que sociológicamente se declara mayoritariamente católico, tenemos el gran peligro de creernos que somos los únicos. Cuando hablamos por ejemplo de "teología de la liberación" pensamos inmediatamente en instancias como la Conferencia de Medellín -a nivel oficial- y G. Gutiérrez, J. L. Segundo o Hugo Assmann en la esfera privada. Damos por supuesto que allí nació un nuevo lenguaje teológico para Latinoamérica y para el mundo.

Y sin embargo esto no es del todo así. Las iglesias protestantes hablaban ya a nivel oficial de "teología de la revolución" en 1966, cuando nosotros apenas comenzábamos a explorar tímidamente los nuevos caminos abiertos por el Concilio. Y todavía hoy sus declaraciones oficiales son de una valentía que nosotros estamos bien lejos de alcanzar.

Para comprobarlo vamos a fijarnos en los Documentos del Consejo Ecuménico de las Iglesias; una asociación de vastas proporciones, y que a nivel protestante es lo más parecido a lo que para nosotros significa el Vaticano.

El CEI es un organismo joven. Nació en 1948 como "una hermandad de iglesias que confiesan a Nuestro Señor Jesucristo como Dios y Salvador según las

Escrituras, y buscan en consecuencia responder juntas a su vocación común" (1). Cuando aún no ha cumplido treinta años cuenta ya con 262 iglesias miembros y 27 iglesias asociadas, pertenecientes a 97 países. Representa por lo tanto a aproximadamente la mitad de los cristianos de todo el mundo. Una razón de que lo conozcamos tan poco puede ser el que ninguna de las iglesias protestantes venezolanas sea miembro del Consejo, aunque trabajan entre nosotros protestantes de denominaciones extranjeras que sí pertenecen a él.

Pues bien; como decíamos, ya en 1966 en una Conferencia organizada en Ginebra, sede permanente del Organismo, por una de sus Comisiones sobre el tema de "los cristianos en las revoluciones técnicas y sociales de nuestro tiempo", se afirmaba: "En cuanto cristianos estamos comprometidos a trabajar por la transformación de la sociedad. En el pasado lo hemos hecho normalmente mediante pacientes esfuerzos de renovación social, obrando dentro y por medio de las instituciones establecidas, en conformidad con sus normas. Hoy un número significativo de quienes se han consagrado al servicio de Cristo y de su prójimo asumen una posición más radical o revolucionaria. . . Es importante reconocer que esta

postura está sólidamente fundada en la tradición cristiana, y debe encontrar su propio lugar en la vida de la Iglesia y en la permanente discusión sobre la responsabilidad social" (2).

En aquella ocasión "el continente más importante para todos fue América Latina" (3), ya que sus iglesias protestantes habían llegado unos meses antes a nivel continental (encuentro de ISAL en El Tabo-Chile) a las mismas conclusiones que, por su influjo, alcanzó más tarde la Conferencia de Ginebra a nivel mundial (4).

Dos años más tarde, la Asamblea General del CEI, que es su cuerpo legislativo máximo, se reunía en Upsala. Esta recomendó llevar adelante los resultados de la Conferencia de Ginebra y apoyó sus conclusiones. "Los cristianos, con su fe en el Reino de Dios que está viniendo, y con la búsqueda de la justicia, sienten la urgencia de participar en la lucha entablada por millones de personas en favor de una mayor justicia social" (5).

Pero desde entonces han pasado ya ocho años, y el Consejo Ecuménico se ha vuelto a reunir en Asamblea, esta vez en Nairobi. Ocurrió hace más de un año (23 de noviembre a 10 diciembre 1975) y la prensa por aquellos días se hizo algún eco

de lo que estaba sucediendo. Nosotros hemos optado por esperar a que nos llegará el Informe Oficial con sus declaraciones definitivas, para poder hacer una presentación más completa de lo que allí se discutíó. Sus afirmaciones conservan una vigencia y una actualidad que los meses no han borrado.

Lo que se intenta en los párrafos siguientes es dejar hablar a Nairobi; seleccionar, ordenar y presentar algunas de sus afirmaciones más significativas, para que el lector pueda asomarse a esta mitad de la cristiandad tan importante, que para tantos de nosotros es casi totalmente desconocida.

Como ya se deja ver en el título de este artículo, nos vamos a limitar a uno de los temas tratados en Nairobi: el de las relaciones que allí se vio que existen entre salvación y liberación.

Desde la Asamblea de Upsala, algunos miembros del CEI se habían mostrado insatisfechos por considerar que el Organismo ponía un énfasis excesivamente socio-económico y horizontalista en sus declaraciones. Por eso, Nairobi buscó en un primer momento la **concordia**: "Lamentamos que algunos reduzcan la liberación del mal y del pecado a dimensiones sociales y políticas, así como lamentamos también que otros la reduzcan a dimensiones privadas y eternas" (6). "La alegría de estar reconciliados con Dios en Jesucristo es inseparable de la alegría de una reconciliación auténtica entre todos por medio del establecimiento de la justicia" (p. 311). "Los cristianos saben que la justicia social no resolverá todos los problemas de la humanidad, que cuando se acaba la lucha por la supervivencia y la dignidad del hombre a un nivel material y social, las dimensiones espirituales más profundas y trágicas de uno mismo y la alienación de la existencia humana quedarán más patentes confrontadas con el evangelio de Cristo crucificado y resucitado. El problema está en cómo puede la Iglesia ser la expresión visible de esta doble preocupación: de la importancia y urgencia de toda política de justicia, y del último carácter trágico y relatividad inevitable de todos los logros históricos" (p. 240).

Las tensiones del presente, que la Iglesia se siente urgida a afrontar, las resume Nairobi de la siguiente manera: "Después de dos décadas de esfuerzos por erradicar la pobreza y reducir la desigualdad tenemos hoy todavía más gente que antes atrapada en una espantosa pobreza, y la diferencia entre ricos y pobres se ha hecho mayor; en un mundo de enormes posibilidades tecnológicas, persiste la amenaza del hambre; en el mundo de la era espacial, los gastos en armamentos crecen sin parar; y la humanidad sigue creciendo a pasos agigantados" (VI, 9).

"El mundo entero está embarcado en un gran conflicto entre los que anhelan y luchan por participar en los cambios que hagan la existencia más humana, y los que buscan mantener el 'status quo' en las relaciones de poder, ya sea su ideología capitalista o socialista; entre los que desean compartir el poder para modelar el futuro, y los que mantienen el poder para modelar el pasado" (p. 253).

Claro que la Iglesia no está fuera del conflicto, sino que muchas veces se encuentra metida de bruces en él. . . pero en el lado equivocado: "Somos conscientes de que no son las estructuras sociales de poder las únicas que pueden oscurecer el mensaje de Cristo. A veces las estructuras institucionales de las iglesias son ellas mismas opresoras y deshumanizantes: a menudo reflejan acriticamente los valores de su propia cultura. Donde las iglesias están identificadas con la riqueza y el privilegio se obstaculiza la predicación y aceptación del evangelio y se ensombrece a Cristo," (I, 30). "A veces las mismas iglesias han apoyado activamente a los opresores o hasta se han visto implicadas en la opresión misma, como consecuencia de concepciones equivocadas y/o de intentos por conservar sus propios privilegios" (V, 32).

Ante estos hechos Nairobi propone "una meta fundamental: Nadie debe aumentar su opulencia hasta que todos tengan lo esencial" (VI, 31).

Se impone a las iglesias, por lo tanto, un **doble movimiento**. Primero: descomprometerse con los poderosos. Segundo: comprometerse con los oprimidos. "Las congregaciones locales deberían comenzar a tomar en serio su estilo de vida, y a preguntarse qué testimonio están dando al mundo. Proclaman su mensaje a los ricos en urbanizaciones lujosas, y a los pobres en las aldeas y en los barrios. Celebran su culto en algunos de los edificios más maravillosos del mundo, y en los ranchitos más miserables. En cada situación la Iglesia debe examinar su estilo de vida para descubrir lo que éste dice al mundo; para comprobar si lo que representa con su estilo de vida contradice al mensaje del evangelio, que es de juicio para los ricos y de esperanza para los pobres. . . La Iglesia como comunidad cristiana demuestra de qué lado se encuentra por la forma en que aparece a los demás" (IV, 34, 35).

Pero es necesario aún un paso más, una actitud más positiva: "La fe en Cristo nos llama a unirnos al proceso por el que Dios crea un orden nuevo en el que prevalezcan la verdad, la justicia y la vida plena. Esta misma fe nos libera para luchar por una vida compartida en comunidad. Esta es nuestra vocación como iglesia y como cristianos" (p. 254). "La lucha contra la opresión y la injusticia traerá inevi-

tablemente confrontaciones con el poder e incluso el manejo mismo del poder. El compromiso de las iglesias en estas luchas de liberación variará según el contexto local. Pero en ningún momento podrán refugiarse en la tranquilidad de un 'más allá' socialmente descomprometido" (VI, 63 - 64). "Hacer esto no es 'politizar' a la Iglesia. Más bien, la Iglesia está politizada cuando se encuentra tan ligada a un partido o a un gobierno, una clase o una ideología, que no se siente libre de hablar ni de actuar" (II, 11b).

Un camino que Nairobi rechaza como anticristiano es el **totalitarismo**. Al hacer un análisis político del Tercer Mundo, el Consejo Ecuménico se muestra alarmado por el fenómeno del militarismo. Claro que con ello no menosprecia la función indispensable que el ejército desempeña en la buena marcha de un Estado. Se puede estimar a los militares y rechazar el militarismo, así como se puede respetar al clero y combatir el clericalismo. Estos "ismos" señalan el crecimiento desproporcionado de un elemento que usurpa funciones que no le corresponden, poniendo así en peligro el crecimiento orgánico de la sociedad.

"El mantenimiento de zonas de influencia por las superpotencias ha sido decisivo para el crecimiento del poder militar. Una de las consecuencias de la lógica que prevalece en los sistemas dominantes es el uso de equipo militar para la represión de las fuerzas populares. Por eso los militares están desempeñando, más que nunca en la historia moderna, un papel determinante en los procesos de crecimiento económico y organización social, especialmente en países de África, Asia, América Latina y el Medio Oriente. Sin embargo, esta tendencia está demostrando no ser en la mayoría de los casos el medio apropiado para la plena liberación de los pueblos. . . En vista de este hecho, en sí mismo contrario a la visión cristiana de un mundo justo y pacífico, y de su enorme impacto negativo en el proceso orientado a la justicia social, recomendamos insistentemente a las iglesias y al Consejo Ecuménico que haga concretas las llamadas de alerta que ha pronunciado ya contra el militarismo, y que convoque una conferencia especial sobre la naturaleza del militarismo, como preparación de un Programa para combatirlo" (VI, 46, 47, 79).

La palabra "Programa" tiene aquí un significado técnico. El Programa que ha funcionado desde Upsala hasta Nairobi ha sido para combatir el racismo. Entre sus consecuencias más espectaculares ha incluido el envío de ayuda económica a frentes de liberación nacional africanos, y el bloqueo a compañías multinacionales que tienen inversiones en países oficial-

mente racistas como Rhodesia y Sudáfrica.

Pero así como en el Tercer Mundo, sobre todo en Latinoamérica, la casi totalidad de las dictaduras militares se consideran toleradas o apoyadas por los Estados Unidos, en Europa la experiencia es la contraria. Allí casi todas las dictaduras militares giran en la órbita soviética. El CEI sin embargo no cae en la trampa de identificar en esos países su ideología marxista con su política dictatorial. En cuanto militaristas, se aplica a estos regímenes lo arriba indicado. En cuanto marxistas, dice Nairobi: "Algunos de nosotros venimos de países donde ha sido institucionalizado el marxismo socialista, p. ej. Europa Oriental y Cuba. Allí las iglesias cristianas se enfrentan a situaciones radicalmente nuevas, y han perdido la mayor parte de sus antiguos privilegios. Algunas de estas iglesias, como también en otras partes ocurre, han llegado a ver que a menudo tomaron el lado equivocado, en los cambios sociales y, a veces, hasta santificaron las estructuras de opresión en nombre de principios cristianos. Esto puede explicar en parte por qué la ideología marxista institucionalizada es opuesta a la religión (7). Por eso el socialismo supone un reto serio para las iglesias y su comprensión del cristianismo. En algunos países de Europa Oriental las iglesias han abandonado el aislacionismo, y se han visto impulsadas a acudir a las fuentes de su fe para adoptar una postura más creadora frente a su situación. . . Sin embargo, este elemento de reconciliación en la búsqueda de los cristianos por formar comunidad con gente de convicciones ideológicas distintas, no se debería interpretar como convergencia ideológica. Las iglesias están llamadas a dar testimonio en un mundo dividido y no pueden permanecer neutrales en la lucha por la justicia. . . El diálogo con los marxistas ha tenido lugar no sólo a nivel teórico sino aún más en cuestiones prácticas. Esto se ha hecho posible porque mientras el ateísmo es contrario a la fe cristiana, éste es sólo una parte de la ideología marxista" (III, 38 - 39).

El Consejo Ecuménico, cuando habla de desligarse de los poderosos, luchar por la justicia o combatir la dictadura, no lo hace para seguir una moda política. Simplemente lleva a las últimas consecuencias la comprensión de su fe. De igual manera, acepta los riesgos con entereza apoyado así mismo en la fe en un crucificado: "Quienes confiesan a Jesucristo se niegan a sí mismos, a su egoísmo, y al servilismo a los principios y potestades sin dios, toman su cruz y le siguen. . . Los costos del seguimiento por ejemplo ser un extraño entre los suyos, ser despreciado a causa del evangelio, perseguido

por resistir a los poderes opresores, y encarcelado por amor a los pobres y a quienes están perdidos- son llevaderos frente al costoso amor de Dios revelado en la pasión de Jesús. . . Confesamos nuestro miedo a sufrir por El. Nos asustan las persecuciones, temores, la muerte. Sin embargo, cuanto más miramos a sólo Cristo crucificado y confiamos en el poder del Espíritu Santo, más superamos nuestra ansiedad. . . Veneramos a los mártires de todos los tiempos y del nuestro, y contemplamos su ejemplo para sentirnos animados" (I, 13 - 14).

Estas son algunas muestras del nivel en que se mueven los documentos del CEI aprobados en Nairobi. El tono de las ponencias se puede apreciar consultando la que reproducimos en la sección de documentos. Conviene resaltar que si, como hemos dicho al principio, no fue éste el único tema tratado por la Asamblea, sí fue al menos uno de los más importantes. Prueba de ello son el lema de la Conferencia ("Jesucristo libera y une") y las conclusiones de uno de sus Departamentos: "El impulso principal de los próximos siete años (hasta la próxima Asamblea) debe consistir en ayudar a las iglesias-miembros para que participen en la lucha por la liberación de todos los que son víctimas de la pobreza, opresión, violación de derechos humanos, injusticia. . ." (p. 305).

Un par de palabras más antes de terminar. Quien conozca el Consejo Ecuménico se ha podido extrañar de que ya desde el título hayamos hablado exclusivamente de las iglesias protestantes, cuando las iglesias ortodoxas forman también parte de dicho organismo. Pero la omisión ha sido intencionada. Aunque con algunos matices y altibajos, se puede afirmar que

en este punto las Iglesias ortodoxas se han sentido incómodas, y hasta a veces disgustadas, por la orientación marcadamente socio-política que sobre todo en los últimos años ha adoptado la mayoría de las iglesias-miembros del CEI. Como muestra podría leerse la Declaración del Patriarcado Ecuménico con ocasión del XXV aniversario del Consejo Ecuménico (8). Por eso nos ha parecido más acorde con la realidad no mencionarlas en el artículo.

Habría que decir también, por otra parte, que aunque la iglesia católica no pertenece por el momento al Consejo Ecuménico, trabaja en estrecha colaboración con él. Desde 1965 existe un grupo conjunto de trabajo que se reúne regularmente, cuyos estudios se toman en consideración en cada Asamblea. Además desde 1968 funciona un comité conjunto de investigación sobre la Sociedad, el Desarrollo y la Paz (SODEPAX), bajo la presidencia coordinada del Departamento de "Iglesia y Sociedad" del CEI, y de la Comisión "Iustitia et Pax" del Vaticano. El Papa Pablo VI dirigió a los participantes en la Asamblea de Nairobi "palabras de amistad, estímulo y saludo en Cristo". Después de anunciar el envío de dieciséis observadores, terminó "asegurando que nuestros pensamientos y oraciones fervientes os acompañarán en estos días" (pp. 153-154).

La lectura que Nairobi hace del evangelio no es una lectura extraña. Es una visión de quienes "con todo derecho se honran con el nombre de cristianos" (9) y de la que tenemos mucho que aprender. Ya que no es posible ser auténticamente católico (universal) sin estar preparado a escuchar la verdad que se proclama fuera de nuestras filas.

NOTAS

- 1) **Constitución del Consejo Ecuménico de las Iglesias c.i.**
- 2) **Los cristianos en las revoluciones técnicas y sociales de nuestro tiempo.** Mensaje n. 6 (Sal terrae, Santander, 1971).
- 3) A. DUMAS: **Evolución de la ética social del Consejo Ecuménico desde Ginebra 1966.** En *Concilium* n. 65 (1971) p. 276. Esto mismo defiende, entre otros, un estudio de aquéllos años cuya traducción ha sido recientemente publicada por Monte Avila = T. RENDTORFF - H.E. TOEDT: **Teología de la revolución** (Caracas, 1975).
- 4) Las conclusiones de este encuentro han sido publicadas por ISAL (Iglesia y sociedad en América Latina) bajo el título **-América Hoy. Acción de Dios y responsabilidad del hombre-** (Montevideo 1966).
- 5) **Upsala 1968. Informes - Declaraciones - Alocuciones.** Sec. III, n. 4 (Sígueme; Salamanca, 1969).
- 6) En adelante, todas las citas cuya referencia se señala en el texto del artículo se refieren al Informe Oficial de Nairobi **-Breaking Barriers. Nairobi 1975-** (SPCK - Londres; Wm. B. Eerdmans - Gran Rapids). Por el momento no hay traducción castellana. A veces copiamos de los informes finales de las secciones de la Asamblea; en este caso se indica en números romanos la sección y a continuación el número del documento. Cuando se indica solamente la página se está haciendo referencia a documentos suplementarios que no tienen numeración interna. El texto aquí citado está tomado del I, 19.
- 7) Esto lo decía ya por parte católica el Papa Pío XI en 1937: "Hay que reconocer, aunque sea doloroso, que el estilo de vida de algunos católicos ha contribuido no poco a que los obreros hayan dejado de confiar en la religión de Jesucristo" *Divini Redemptoris* AAS XXIX p. 91.
- 8) A. MATABOSCH: **Liberación humana y unión de las Iglesias. El Consejo Ecuménico entre Upsala y Nairobi (1968-1975).** (Cristiandad, Madrid, 1975) pp. 152-156. Este "malestar" frente a la mayoría del CEI se ha vuelto a manifestar una vez más después de Nairobi. Cfr. *Herder Korrespondenz*, julio 1976, p. 341).
- 9) CONCILIO VATICANO II: **Decreto de Ecumenismo** n. 3.